

Galucio. En ella inserta la carta siguiente, dirigida al ilustre autor: *Salve Pater Beate, iterum salve; scriptum est enim: beati pedes evangelizantium. Quod si quis hoc bonum nuntium hominibus attulit post Sanctissimos Apostolos, et illos priscos apostolicos viros, tu ex illis es: et ita ante hominum oculos hoc bonum proponis ut vel omnibus (modò tùm alios, tùm hos tuos libros legerint), hoc unum bonum compertissimum sit. Quibus non uteris argumentis, ut homines Deum cognoscant, et quem ipse Deus misit, Dominum nostrum Jesum Christum? Quin igitur mihi licet et jure optimo te beatum vocare? Quin et patrem, cum in omnes tam sanctè patris numere fungaris? Tu enim, ut omnibus prodesse, ita vernacula lingua hos conscripsisti libros, ut qui latinam linguam ex tuis hispanis ignorant, possent ex his libris ea perdiscere, quæ salutis viam facillè studiosis tradunt. Quàm velles, cum hæc scribebas, posse his vocibus uti, quæ ab omnibus hominibus intelligerentur? Videor quidem videre te jam tunc sudantem, cum statuebas quænan lingua tibi scribendum esset: tequè, cum scribere incepisti, divinare fore, ut in alias linguas verterentur. At cum imitatio, ut philosophus testatur, sit re quam imitati sumus semper inferior, hinc facile videor conjectura assequi, longe præstantiores esse tuos libros hispanicè loquentes. At ego licet in hisce angustiis versarer, imò in difficiliore, tamen itálicos latinè verti.* «Dios te guarde, padre bienaventurado, y repito que Dios te guarde, porque escrito está: bienaventurados los piés de los que evangelizan. Si hay quienes, despues de los santísimos apóstoles, y de los varones apostólicos de los primeros tiempos, han publicado á los hombres la buena nueva del Evangelio, tú entras en aquel número, pues de tal modo presentas este bien á los ojos de todos, que el que lea esta y las demas obras tuyas, no podrán ménos de conocer que aquel solo es el bien verdadero. ¿De qué argumentos no echas mano para que los hombres conozcan á Dios, y á su enviado nuestro Señor Jesucristo? ¿Y no tengo harta razon para llamarte bienaventurado? ¿No he de llamar padre, al que tan santamente desempeña los deberes de tal? Tú, en comun provecho, escribistes estos libros en idioma patrio, á fin de que los españoles que no saben latin, pudiesen aprender fácilmente el camino de la salvacion. ¿Cuánto desearías, al escribir estas obras, emplear un lenguaje que pudiera ser entendido de todos los hombres! Me parecé que te veo, cuando tal trabajo emprendiste, y dudabas acerca del idioma de que habias de hacer uso, adivinar que sería traducido en otras lenguas. Así sucedió el año pasado. Tus obras se publicaron en italiano, para que gozase Italia de tan gran ventura. Pero, si es cierto el dicho de un filósofo, que la imitacion es siempre inferior al modelo, fácil es colegir que la obra original española es superior á todas las versiones que de ella puedan hacerse. Yo, en medio de tantas dificultades, he emprendido una mayor, cual es la traduccion del italiano al latin.»

El erudito portugues Andres de Evora, á quien Fr. Luis habia aconsejado que escribiese su *Exempla Memorabilia*, le dedicó la edicion de Paris de 1565, expresándose en ella de este modo: *Vix hæc compleveras, christianæ doctor eloquentiæ, cum mihi jam plenissimè persuaseras. Subscribo, totusque in tuam sententiam abeo. Tui enim nominis dignitas, et expertæ probitatis splendor consultandi judicium absorpserat. Addis, humilitatis magister, humilitatis exemplum; adhortaris, obsecras, et qui consulendo præstabas officium, recepisse fateris, dum collectiones nostras non tantum tua expectatione, sed etiam lectione dignares: quasi tuæ eruditionis fluvius, non modò ex tenuissima officina nostra, sed nec ex ullo scriptorum genere, quippiam queat accrescere. Quid enim græca philosophia, quid romana facundia, quid christiana pietas posteritati mandavit, quod tu non legeris, non memoriæ mandaveris? Ut cætera taceam, sint oculi tui testes, quos dum avidè sapientiam voras, cum lectione partitus es: idque forsán liberaliùs æquo. Minor enim tibi pars cessit, majorem sibi litteræ vendicarunt. Transeo spiritus tui dotes, quas divina musa non vulgari tecum mensura divisit: res enim est distanti dispar ingenio, et epistolæ commendatione dignior. Clamat orbis, docti pariter et indocti, exteri non minus quam hispani, Granatensem virum planè apostolicum imitorem. Sit hæc in terris verissima tuæ sortis inscriptio dum augustior altera differtur in Cælis. Labori meo verò huic gratulor, te consilii auctorem, te editionis patronum sortito. Tuum itaque patrocinium quasi meo jure vendicans, opus tuum tibi commendo, ut quo te consultore conceptum est, te fautore feliciter provehatur.* «Apénas habias manifestado tu deseo, doctor de la elocuencia cristiana, ya me habias cumplidamente persuadido. Me rindo, y entrego ciegamente á tu voluntad: porque el brillo de tu nombre, y de tu notoria bondad, no dejan lugar á la deliberacion. Añades un ejemplo de humildad, como maestro que eres de esta

virtud: me exhortas, me ruegas, y te atribuyes á tí mismo el bien que yo recibo con tus consejos. No solo has honrado mis trabajos con el deseo, sino tambien con la lectura, como si mis débiles tareas pudieran añadir algo á los manantiales de tu sabiduría, lo que no podrian conseguir todos los escritores del mundo. ¿Qué nos han dejado, en verdad, la filosofia de Grecia, la facundia de Roma, la piedad de los autores cristianos, que tú no hayas leído y atesorado en la memoria? Podria citar, entre otras pruebas, el estado en que se halla la vista de tus ojos, de que te han privado tus continuas lecturas y tu ansia voraz de saber: en lo que has andado sobradamente liberal, sacrificando mucho mas de lo que en cambio recibias. Dejo aparte las prendas de la inteligencia, con que te ha dotado, de un modo no comun, la inspiracion divina: asunto que no basto yo á esclarecer, y demasiado elevado para el estilo de una carta. El orbe entero confiesa, por la voz unánime de los doctos y de los ignorantes, de los españoles y de los extranjeros, que Fr. Luis de Granada es un varon apostólico, y digno imitador de los apóstoles. Este es tu verdadero dictado en la tierra, miéntras el cielo te prepara otro mas augusto. Yo entre tanto, me felicito por este trabajo mio, siendo tú quien me lo aconsejaste, y saliendo la edicion bajo tu patrocinio. Reclamándolo pues con tan legitimo derecho, te recomiendo mi obra, para que, una vez que tuvo origen en tu consejo, prospere con tu favor. Adios, inclito padre; y como acostumbrabas, atrae á mí la proteccion divina.»

No fuéron solo los escritores y los individuos de las órdenes religiosas los encomiadores del distinguido varon de quien nos ocupamos, sino que halló justos apreciadores de su mérito en las clases mas ilustres y en las categorías mas elevadas. Vamos á hacer una lijera enumeracion de los personajes que mas se señalaron en este tributo, justamente pagado á las grandes dotes que en él sobresalieron.

El célebre duque de Alba, D. Fernando de Toledo, tan nombrado en la historia por sus campañas, y su gobierno de Flándes, admiraba de tal modo las obras de Fr. Luis, que costó una magnífica edicion de ellas, escogiendo para llevarla á cabo, al famoso Cristóbal Plantino, cuyas prensas han dado tanta gloria á la tipografia. De esta edicion no sabemos mas sino que constaba de catorce volúmenes, impresos en grandes caractéres, y con todo el esmero que ha dado tanto crédito á las obras de aquel ilustre impresor. Vino á España un ejemplar, y se depositó en el monasterio del Escorial, donde lo leia con frecuencia Felipe II. El Duque conoció personalmente á Fr. Luis en Lisboa, cuando invadió el territorio portugues á la cabeza del ejército español; lo hizo director de su conciencia, y murió recibiendo sus auxilios espirituales: circunstancia á que se refieren los siguientes versos de un poema latino compuesto por Fr. Jerónimo Bermudez:

Adstitit moribundo Aloysius ille;  
Granatæ splendor, lumen et Hesperia.

Ya en otra parte hicimos mencion de la particular estima que hacia de Fr. Luis el cardenal infante de Portugal, D. Enrique. En unas memorias manuscritas que se atribuyen al rey D. Sebastian, y que uno de los biógrafos de nuestro autor asegura haber visto en Madrid, en manos del arzobispo de Lisboa D. Rodrigo de Acuña, se leen las palabras siguientes: «Trataba el Cardenal, con afecto notable y celo católico, de limpiar el reino de la cizaña del judaismo, y cultivar la gentilidad de las Indias y conquistas, aprovechándose de la gran virtud y entendimiento del P. M. Fr. Luis de Granada, de la orden de Santo Domingo, cuya fama se ve extendida, con grande gloria de Dios, por toda la cristiandad». D. Juan III, el príncipe D. Juan, su hijo, y su esposa D.<sup>a</sup> Juana, fundadora del convento real de las Descalzas de Madrid, y mas que todos, la reina D.<sup>a</sup> Catalina, le prodigaron las mas inequívocas y públicas demostraciones de aprecio, veneracion y confianza. Siguió su ejemplo el malaventurado D. Sebastian, y en prueba de ello le ofreció muchos obispados, que el santo varon rehusó con su notoria y acostumbrada humildad. Felipe II, á quien Fr. Luis habia dedicado una coleccion de sus obras, publicada en 1579, hizo grande aprecio de su persona y de sus escritos, y lo visitó en su convento de Santo Domingo de Lisboa, habiendo permanecido con él en conversacion privada. En la misma ciudad, lo trató y consultó repetidas veces la emperatriz D.<sup>a</sup> María; y su hijo, el cardenal archiduque Alberto, tuvo con él un trato íntimo, y se complacia en hacerle regalos, que pocas veces fuéron admitidos. Seria molesto referir todos los testimonios de admiracion



que recibió de los magnates mas ilustres de España, Portugal, Italia y casi todas las naciones de Europa.

No son ménos notables ni ménos honoríficas las distinciones de igual clase que le hicieron los príncipes eclesiásticos, entre los cuales se señalaron el cardenal Alejandrino (Fr. Miguel Bóleno), sobrino de Pio V, y nombrado legado en los reinos de España, Francia y Portugal, con quien Fr. Luis sostuvo una larga correspondencia; el cardenal Riario, legado de Gregorio XIII en Lisboa; el patriarca D. Juan de Rivera, arzobispo de Valencia, quien solia enviarle considerables sumas de dinero, para que las distribuyese entre los pobres; el célebre obispo de Cuenca D. Bernardo de Fresneda; el de Novara, César Speciano, de quien se conserva una carta dirigida á Fr. Luis, llena de expresiones de veneracion y afecto; el arzobispo de Braga, D. Rodrigo de Acuña; el obispo de Barbastro, D. Jerónimo Bautista de Lanuza, autor de una aprobacion de las obras de Fr. Luis, á quien llama el *Ciceron de España*, y otros cuyos nombres suprimimos por no molestar al lector.

Mas no podemos pasar en silencio dos autoridades de la mas alta categoría, en la esfera de la santidad: Sta. Teresa de Jesus y S. Carlos Borromeo. Sta. Teresa, no solo leia frecuentemente las obras de nuestro autor, considerándolo como uno de los escritores en materias religiosas, mas edificante y profundo, sino que estimulada por las instancias del arzobispo de Evora, D. Teutonio de Berganza, grande amigo de los dos, sostuvo con él una frecuente correspondencia, que empezó por la carta siguiente, grandemente encomiada por D. Juan Palafox, como un modelo de estilo y de piedad cristiana: «Al Padre Maestro FR. LUIS DE GRANADA. La gracia del Espíritu Santo sea siempre con V. P., Amen. De las muchas personas que aman á V. P. en el Señor, por haber escrito tan santa y provechosa doctrina, y dan gracias á Su Majestad por haberla dado á V. P. para tan grande y universal bien de las almas, soy yo una; y entiendo de mí, que por ningun trabajo hubiera dejado de ver á quien tanto me consuela oír sus palabras, si se sufriera conforme á mi estado y ser mujer; porque sin esta causa la he tenido de buscar personas semejantes, para asegurar los temores en que mi alma ha vivido algunos años. Y ya que esto no he merecido, heme consolado de que el Sr. D. Teutonio me ha mandado escribir esta; mas fiada en la obediencia, espero en nuestro Señor me ha de aprovechar, para que V. P. se acuerde alguna vez de encomendarme á nuestro Señor: que tengo de ello gran necesidad, por andar con poco caudal puesta en los ojos del mundo, sin tener ninguno para hacer verdad algo de lo que imaginan de mí. Entender V. P. esto, basta á hacerme esta merced y limosna, pues tan bien entiende lo que hay en él, y el gran trabajo que es para quien ha vivido una vida harto ruin. Con serlo tanto, me he atrevido muchas veces á pedir á nuestro Señor la vida de V. P. sea muy larga. Plegue á Su Majestad me haga esta merced, y vaya V. P. creciendo en santidad y amor suyo: Amen. Indigna sierva y súbdita de V. P.—Teresa de Jesus, carmelita.»

De la alta estima que S. Carlos Borromeo hacia de Fr. Luis de Granada, tenemos hartas pruebas en las cartas que se escribieron mutuamente estos piadosos varones, como igualmente en los dos pasajes que vamos á citar. El primero está en la vida del santo cardenal, escrita por el de Verona, Agustín Valerio, y dice así: *Patrem Aloysium Granatensem, Ordinis Prædicatorum, plurimi faciebat ejusque libros diligentissimè legere consueverat, locos ex ejus concionibus et opusculis sibi constituerat, quibus copiosè, ex improvise etiam, Evangelium, Epistolam, Missæ introitum, aut aliquos psalmorum versiculos posset explicare.* «Tuvo en alta opinion al P. Fr. Luis de Granada, del orden de Predicadores, cuyos libros acostumbra leer con gran diligencia, habiendo hecho una coleccion de extractos de sus sermones y opúsculos, para explicar con ellos, y algunas veces de repente, el evangelio, la epístola, el introito de la misa, y algunos versos de los salmos.» En otra vida del mismo santo, escrita por el obispo de Novara, Carlos Bascapa, que habia sido su familiar, y conocia lo interior de su vida, leemos: *Ludovici Granatensis scriptis utebatur plurimum: cujus hominis, alioqui penitus ignoti, religionem, judicium, doctrinamque multis libris declaratum, adè amavit et observavit, ut familiaritèr amicissimèque, per litteras salutarèt: neque ipse solùm, quam ejus labores sibi grati essent, sæpius significavit: sed ut Pontifex Gregorius litteris suis idem publicè testaretur, effecit. Imo curasse scimus, ut in Cardinalium Collegium ille cooptaretur. Optimus verò senex eum contra ob singularem virtutem, religionemque*

*collebat, observantia singulari: mirumque in modum ejus eximiis virtutibus, rebusque gestis lætatur, de quibus ut scriberemus, sæpius urgendo nos appellavit, et ad rem perficiendam suis precibus vivens, et, ut spero, pos mortem amanter juvit.*

«Hacia mucho uso de los escritos de Fr. Luis de Granada, y aunque no lo conoció de ningun otro modo, se prendó tanto de su piedad, de su sensatez y de su doctrina, tan manifiestas en sus obras, que mantuvo con él una familiar y amistosa correspondencia. Y no se satisfizo con expresar le cuán gratos le eran sus trabajos, sino que logró que Gregorio XIII se lo acreditase tambien por cartas. Hizo mas: pues nos consta que se empeñó en que entrase en el Sacro Colegio; pero aquel excelente anciano pagaba esta deuda, apreciando singularmente la virtud y la religion de Borromeo, gozándose mucho en sus heróicas prendas y acciones. Nos instó frecuentemente á que las escribiésemos, y para el acierto de la obra nos ayudó mucho con sus oraciones, durante su vida, y aun despues de su muerte, segun lo espero.»

Es digna de leerse la carta escrita por S. Carlos al Papa, y mencionada en la precedente cita. No habiéndonos podido proporcionar el original latino, copiaremos aquí la traduccion que publicó el ya mencionado Luis Muñoz. Dice así: «Santísimo y Beatísimo Padre. Entre todos aquellos que hasta nuestros tiempos han escrito materias espirituales, que yo haya visto, se podrá afirmar que no hay alguno que haya escrito libros, ni en mayor número, ni mas escogidos y provechosos que el P. Fr. Luis de Granada. Experimentólo cada dia en esta iglesia, viendo que todos los que están escritos en su lengua, ayudan grandemente á todo estado de personas á emprender el camino de la virtud y conseguirla. Y asimismo se sabe de cuánta ayuda sean los latinos, especialmente para instruir á los que han de predicar y enseñar al pueblo. De modo que no sé que en este género haya hoy hombre mas benemérito de la Iglesia que él, y mas á propósito para ayudar con semejantes trabajos á las almas, lo poco que le puede quedar de vida, siendo de ochenta años. Esto me ha dado aliento de poner en consideracion de Vuestra Santidad, si le pareciese sería bien de hacerle escribir alguna carta, mostrando Vuestra Santidad agradecerle su caridad en las obras que ha sacado, exhortándole á que saque otras. Servirá esto, no solo de dar testimonio de su virtud y piedad, que tiene tan merecido, mas serále tambien motivo para que disponga con brevedad otros libros, que he entendido por cartas suyas, que trae entre manos para publicar; y servirá de animar á otros hombres doctos á dejar curiosidades y tomar aquel camino útil á las almas, que Dios les ha encomendado, para que las ayuden en el negocio de su salvacion. Hago este oficio tanto mas gustosamente, porque habiendo discurrido sobre esto con el cardenal Paleotó, ha mostrado ser del mismo parecer, y tener el mismo crédito de los méritos de Fr. Luis. Demas que algunas personas graves y de fe que han venido de España, y le han conocido y tratado, y oídole algunos sermones, me afirman que corresponde la vida llenamente á los escritos y á la religion verdaderamente grande que en ellos resplandece; y todos estos encarecen la grandeza de su bondad, y del gran nombre que tiene en aquellas partes, de lo cual puede Vuestra Beatitud informarse fácilmente de los que han sido nuncios en España. Por tanto, parece digno de otras mayores demostraciones que la de este solo testimonio. Esto hizo la Santidad de Pio V con Lorenzo Surio, y lo mismo otros sumos Pontífices con diferentes personas. Todo empero lo remito á su prudentísimo juicio, y humildemente le hago reverencia, besándole sus santísimos piés. De Monza á 28 de junio de 1582. Humildísimo y devotísimo siervo.—Carlos, cardenal de Santa Praxede.»

A los veinte dias de recibida esta carta por el Papa, quien ya en diferentes ocasiones habia expresado su aprecio á Fr. Luis, y la alta estima en que tenia sus obras, satisfizo los deseos del santo cardenal, expidiendo el siguiente breve, en nuestro sentir el mas honorífico que ha emanado jamas de la sede apostólica, á una persona privada, y engrandecida por su solo mérito. *Dilecto Filio Aloysio Granatensi, Ordinis Prædicatorum. Gregorius Papa Decimustertius. Dilecte fili; salutem et apostolicam benedictionem. Diuturnus atque assiduus labor tuus in hominibus, tum à vitiis deterrendis, tum ad vitæ perfectionem vocandis, fuit semper novis gratissimus: iis verò ipsis qui suæ exterorumque salutis, et Dei gloriæ desiderio tenentur, fructuosissimus, jucundissimisque. Multas olim conciones habuisti, libros prestanti doctrina et pietate refertos edidisti: idem quotidie facis, nec unquam cessas præsens, atque absens quamplurimos potes Christo acquirere. Gaudemus isto tum aliorum, tum tuo ipsius tam præstanti bono et fructu. Quot enim ex concioni-*



*bus scriptisque tuis profecerunt (profecisse autem permultos quotidieque profecere certum est), totidem Christo filios genuisti: longeque illos majori beneficio affecisti, quam si cæcis aspectum, aut mortuis à Deo vitam impetrasses. Præstat enim multo sempiternam illam lucem et vitam beatissimam (quod mortalibus datum est) nosse, et piè sanctèque viventem ad eam aspirare, quam mortali hac vita et luce frui, omni cum terrenarum rerum affluentia et voluptate. Tibi vero ipsi quam multas à Deo coronas comparasti, dum omni cum charitate in eo studio versaris, quod constat esse longè maximum. Perge iterum, ut facis, in istam curam toto pectore incumbere, quæque habes inchoata, habere enim te nonnulla accepimus, perficere et proferre ad ægrotorum salutem, debiliùm confirmationem, valentium et robustorum lætitiàm, utriusque tum militantis, tum triumphantis Ecclesiæ gloriàm. Datum Romæ apud Sanctum Marcum, sub annulo Piscatoris, die XXI Julii M. D. LXXXII, Pontificatus nostri anno undecimo. Antonius Baccipalulius.* «Al amado hijo nuestro FR. LUIS DE GRANADA, de la orden de los Predicadores, Gregorio Papa XIII. Amado hijo, salud y bendicion apostólica. Nos ha sido siempre muy grato tu largo y asiduo trabajo en apartar á los hombres de los vicios, y conducirlos á la perfeccion de la vida; y de mucha utilidad y gozo, para los que están poseidos del deseo de su propia y ajena salvacion, y del incremento de la gloria de Dios. Mucho has predicado, y muchos libros has dado á luz, llenos de doctrina y piedad. Lo mismo continúas haciendo todos los dias, y no cesas, ausente ó presente, de ganar para Cristo cuantas almas puedes. Nos regocijamos en esta gran ventura y utilidad tuya y de los otros; porque cuantos han sacado provecho de tus sermones y escritos (y son muchos los que lo han sacado, y muchos los que continúan sacándolo), otros tantos son los hijos, á quienes has engendrado para Cristo, y mas alto beneficio les has hecho, que si estando ciegos ó muertos, hubieras obtenido de Dios la restitucion de la vista ó de la existencia. Vale en efecto mucho mas conocer aquella luz sempiterna y aquella vida bienhadada (en cuanto es dado á los mortales), y aspirar á ella por medio de una conducta piadosa y santa, que gozar de esta vida y luz mortal, con toda la abundancia y las delicias de las cosas terrenas. Para tí has obtenido de Dios muchas coronas, trabajando con caridad en aquella tarea, y nos consta que has trabajado mucho. Sigue pues como lo haces aplicando á ello todo tu celo, y da cabo á lo que tienes empezado (que no es poco, segun nos dicen), y suministra salud á los enfermos, firmeza á los débiles, gozo á los valientes y robustos, y gloria á las dos iglesias, militante y triunfante. Dado en Roma, en San Marcos, bajo el sello del Pescador, á 21 de julio de 1582, el año xi de nuestro pontificado.—Antonio Baccipaluli.»

Tantos y tan ilustres testimonios de los eminentes méritos que todo el mundo cristiano reconocia en FR. LUIS DE GRANADA, no deben parecer extraños á los que tengan una idea aproximativa de sus muchos y admirables trabajos, ora se considere como propagador infatigable de las verdades de la Religion, ora como escritor correcto, puro, elegante, y de excelente y acrisolado gusto. Considerado bajo este segundo punto de vista, bien puede asegurarse que FR. LUIS se colocó á gran distancia de los buenos prosistas españoles que lo habian precedido. En estos se echan de ver todavía restos de locuciones vulgares, mezclados con no pocos pruritos de afectacion, y con mal disfrazadas imitaciones del latin. Sobre todo el periodo no se hallaba todavía fijado en sus verdaderos limites; era casi desconocido el arte de combinar la division del pensamiento con el encadenamiento periódico de la frase, y por no saber emplear acertadamente las voces conjuntivas, ni haberse inventado aun los artificios que las suplen, el concepto se diluía, digámoslo así, en una indefinida serie de proposiciones, en las que ademas, á efecto de la confusa intervencion de los relativos y de los posesivos, la atencion se extravía y el lector llega á perder de un todo el hilo del sentido principal. Acostumbrados los escritores á la composicion latina, cuya lengua estaba en posesion de ser exclusivamente el vehículo de las ciencias y de la literatura, trasladaron á su propio idioma el giro de aquellas frases tortuosas, de aquellas construcciones intrincadas que pueden sin inconveniente usarse, cuando la sintaxis suministra los medios de encontrar fácilmente el régimen y la concordancia. El mismo Fr. Luis de Leon, con todo su empeño de sacar á la prosa española de la especie de abajamiento en que yacia, no se preserva completamente de aquellas imperfecciones, y en sus escritos se hallan páginas enteras que no pueden leerse sin fatiga, ni entenderse sin dificultad. Era tambien harto comun en aquellas épocas el descuido de los recursos eufónicos y sonoros,

que son los que constituyen propiamente la armonia del estilo. Ni se evitaban las asonancias y cacofonías, ni se redondeaba la frase de modo que llenase agradablemente el oído. Nuestro autor parece haber fijado un esmero particular en evitar estos defectos, sin que se oscurezca por esto aquella sencillez candorosa, aquella sincera naturalidad, que tanto resplandecen en sus escritos. Sus periodos, generalmente hablando, guardan una justa proporcion, entre la laxitud asiática, y el comprimido y saltante laconismo, que puso despues á la moda, una escuela de afectacion y de mal gusto. Raras veces se encuentra en sus obras un periodo que salga de las barreras de este justo término medio, y aun en estos casos, maneja con tanto acierto el artificio, que no ofende en lo mas pequeño la claridad, ni obliga al lector á buscar penosamente la significacion. Sirva de ejemplo el pasaje siguiente, uno de los mas compactos é indivisos que escribió en sus libros castellanos: «Y porque la perfeccion de esta criatura (el hombre) consiste en la perfeccion de su entendimiento y voluntad (que son las dos principales potencias de nuestra ánima, la una de las cuales se perfecciona con la ciencia, y la otra con la virtud), por esto en el entendimiento creó los principios universales de todas las ciencias (de donde proceden las conclusiones de ellas), y en la voluntad crió la simiente de todas las virtudes; porque en ella puso una natural inclinacion á todo lo bueno, y un aborrecimiento á todo lo malo; la cual, así como naturalmente se huelga con lo uno, así tambien se entristece y murmura contra lo otro, como contra cosa que naturalmente aborrece; la cual inclinacion es tan natural y tan poderosa, que puesto caso que, con la costumbre larga del mal vivir, se puede enflaquecer y debilitar, mas nunca del todo se puede extinguir y acabar, así como acaece tambien á nuestro libre albedrío, el cual, aunque con el uso de pecar se debilita y enflaquece, mas nunca del todo muere». Es cierto que de este periodo podrian haberse formado tres ó cuatro distintos: mas no por estar fundado en uno se detiene un instante el entendimiento en la inteligencia del todo. Obsérvese la suma escasez del incómodo relativo *que* en estos renglones, y su acertado reemplazo por otros pronombres de la misma clase, de mas definida y clara significacion.

Su método general consiste en interpolar diestramente los periodos breves con los largos, evitando de este modo el fastidio consiguiente á una simétrica y artificiosa regularidad. Cuando quiere dar movimiento á su estilo, esta interpolacion observa un aumento progresivo, correspondiente al aumento de la persuasion, la cual adquiere mas fuerza á medida que se acumulan las razones, y que se siente el efecto de las primeras: por ejemplo, dice así hablando de la esperanza como virtud: «Ella es como un puerto seguro, adonde se acogen los justos en el tiempo de la tormenta. Es como un escudo muy fuerte con que se defienden de los mares y ondas de este siglo. Es como un depósito de pan en tiempo de hambre, adonde acuden todos los pobres y necesitados á pedir socorro. Es aquel tabernáculo y sombra que promete Dios por Isaías á sus escogidos, para que en él se escondan y defiendan de los calores del verano, y de las lluvias y torbellinos del invierno: esto es, de las prosperidades y adversidades de este mundo. Es finalmente una medicina y comun remedio de todos nuestros males, pues es verdad que todo lo que justa y sabiamente esperáremos de Dios, alcanzaremos, siendo cosa saludable». En verdad, poco le falta á este párrafo para figurar dignamente en una de las mejores producciones del mas acreditado de nuestros prosistas modernos.

Pero en ninguna parte resplandecen con mas vigor las dotes peculiares del estilo de FR. LUIS que en su admirable Introduccion del Símbolo de la Fe, donde quizás contribuyó en gran parte á la animacion de sus pensamientos, y al ensanche de su diction, su aficion extraordinaria al campo, á las plantas, á los animales y á todas las producciones de la naturaleza. Esta inclinacion que va generalmente unida con las grandes prendas del ánimo, y que tanto escaseaba en el siglo xvi, entre los escritores españoles, por causas cuya averiguacion no es de este lugar, comunica forzosamente al ingenio imágenes plácidas y graciosas, y al lenguaje aquella flexible variedad y amena sencillez que tanto halagan al oído, y tan poderosamente encadenan la atencion. En verdad, hablar de historia natural en un escrito puramente religioso, debia parecer en los tiempos en que Fr. Luis escribia, una innovacion tan aventurada, que tuvo por conveniente justificarla en varios lugares de aquella produccion, y especialmente en el capítulo primero de la primera parte, que intitula: *Del fruto que se saca de la consideracion de las obras de natura-*